

HENRYK SIENKIEWICZ

Relatos

Edición de Fernando Presa González



Henryk Sienkiewicz (1846-1916) es el más popular y mundialmente conocido de los escritores polacos. Una singular novela, «Quo vadis?», lo consagró universalmente y le hizo merecedor del premio Nobel de Literatura en 1905. El haber nacido en una Polonia inexistente en el mapa político europeo, ser un viajero infatigable por Europa, América y África y quedar de algún modo encasillado como escritor de novelas históricas, hacen olvidar a muchos lectores cuál era su patria de origen y el fondo que subyace en toda su obra: la «cuestión polaca» en el contexto de su época. Esta disyuntiva entre polonidad y universalidad fue resuelta por Sienkiewicz con genio y maestría literaria, y supo introducir la polonidad en el ámbito de la universalidad. Los nueve relatos reunidos en esta edición presentan tres visiones distintas de una realidad que en su conjunto ofrece una perspectiva global de la figura del autor: relatos de ambiente rural, cuyos personajes son campesinos víctimas de la explotación y el atraso que imperaba en la sociedad polaca; relatos antiocupacionistas, cuyo problema de fondo son los territorios ocupados de Polonia y las consecuencias de la represión política; relatos de tema americano, parábola de la Polonia ocupada y de la necesidad de una conciencia de identidad nacional en la generación de polacos exiliados, emigrados o sometidos.

INTRODUCCIÓN

Para Inés y Fernando

Henryk Sienkiewicz. Retrato de Kazimierza Pochwalski

HENRYK SIENKIEWICZ. LA UNIVERSALIDAD DE LA POLONIDAD

Este honor,preciado para cualquiera, ¡cuánto más lo es para un hijo de Polonia! De ella se ha dicho que está muerta, pero he aquí una prueba entre mil de que vive. Se ha dicho que es floja en la faena y en el ingenio, pero he aquí una muestra de su dinamismo. Se ha dicho que es una nación rendida, pero he aquí una nueva muestra de que sabe vencer.

Señores miembros de la Academia, la más alta representación del talento y la sensibilidad de vuestra noble nación: como polaco les expreso mi más sincera y emocionada gratitud por este honor que se rinde no a mi persona, sino al trabajo y a la fuerza creadora de Polonia^[1].

CON estas palabras agradecía Henryk Sienkiewicz a la Academia Sueca, el 10 de diciembre de 1905, la concesión del Premio Nobel de Literatura^[2]. Fueron pronunciadas durante el banquete de honor celebrado en el Grand Hôtel de Estocolmo. Probablemente, al referirse «al trabajo y la fuerza creadora de Polonia», Sienkiewicz pensaba en aquellos momentos en la polaca Maria Sklodowska-Curie^[3], quien tan sólo dos años antes, en 1903, y con su marido, había recibido el Premio Nobel de Física; pero también evocaba de manera silente los nombres de tantos otros compatriotas suyos entregados al estudio, las Ciencias, las Artes y las Letras, dentro y fuera de las tierras que, en otro tiempo, constituyeron un Estado independiente, hoy llamado la República de Polonia.

Una singular novela, *Quo vadis?*, lo consagró universalmente como escritor y lo hizo merecedor del preciado galardón, pero esa fama que lo encumbró como autor de novelas históricas fue también la que, quizá, lo convirtió en un escritor desarraigado de la polonidad a los ojos del resto de las naciones del mundo. El haber nacido en una Polonia inexistente en el mapa político europeo, ser después un viajero infatigable por Europa, América y África, y quedar encasillado como escritor de novelas de tema histórico son elementos que, hasta hoy, hacen olvidar a muchos de los lectores de sus traducciones no sólo cuál era su patria de origen, sino también el fondo que subyace en toda su obra. Ese fondo no es otro que la misma Polonia, o mejor aún, lo que podríamos llamar «la cuestión polaca» en el contexto de su época.

Desde esta perspectiva, Sienkiewicz podría ser fácilmente adscrito a las corrientes de literatura patriótica, una vinculación que, a primera vista, y por correr el peligro de focalizar la dimensión de la creación en un espacio y un tiempo determinados, podría hacer que se pusiera en duda la universalidad de su obra. Pero nada más lejos de la realidad. La genialidad de Sienkiewicz reside no sólo en los indiscutibles valores literarios de su prosa, sino también —y fundamentalmente— en su capacidad de abordar temas, modelar personajes, plantear conflictos y conducir al lector a sentir emociones y realizar reflexiones de carácter universal. En materia de pensamiento, Sienkiewicz se rige por una idea: lo que es válido para los polacos lo es también para los demás pueblos. Por eso, a menudo la historia de Polonia es el verdadero trasfondo de la mayoría de sus obras, aunque éstas presenten, en apariencia, escenarios ubicados en espacios y tiempos muy distintos y distantes de los de la realidad polaca de la época.

Quizá uno de los grandes problemas que, en general, ha tenido la literatura polaca creada hasta finales del siglo XIX para llegar a un público más universal sea el de la exce-

siva polonidad de sus temas y asuntos. En otras palabras: muchos de los escritores polacos escribían sólo para los lectores polacos. Únicamente así se entiende que, por ejemplo, la magnífica literatura romántica aún sea relativamente desconocida fuera de sus fronteras si se compara con otros romanticismos europeos. Ciertamente, la literatura polaca, inevitablemente ligada a la desgarradora historia de Polonia, a menudo tenía una misión trascendental que cumplir: salvaguardar la esencia de la idiosincrasia de la nación y mantener y transmitir, de generación en generación, su lengua y su cultura. La disyuntiva planteada entre polonidad y universalidad, no superada por otros muchos escritores polacos, fue resuelta por Sienkiewicz con genio y maestría literaria. El dilema no era tal. Había que introducir la polonidad en el ámbito de la universalidad.

ANTES DE HENRYK SIENKIEWICZ

El declive de Polonia

Durante el siglo XVIII, especialmente a lo largo de sus tres primeras décadas, Polonia se vio abocada a un proceso de debilitamiento político que la llevó a la ruina económica a causa de las sucesivas guerras, desde el siglo XVII, contra suecos, rusos y turcos, y cuyas consecuencias fueron el aumento de la pobreza entre los campesinos, el retraso en el desarrollo de su economía, la extrema debilidad de la clase burguesa y la consiguiente y progresiva dependencia del Estado polaco de sus vecinos de Prusia, Austria y Rusia.

La elección de Estanislao Augusto Poniatowski al trono de Polonia^[4] en 1764 da lugar al inicio de un periodo de reformas en las instituciones polacas, pero pronto la elección de Poniatowski, favorito de Catalina II de Rusia, supuso una dramática concesión. El monarca polaco, decidido a sacar a Polonia del atraso cultural y económico, se vio obligado a aceptar un régimen de protectorado ruso, el cual pronto fue reconducido hacia un sistema de subyugación de la *Rzeczpospolita*^[5], lo que dio lugar al estallido de revueltas de disidentes polacos. Una de las más importantes fue la ocurrida en Bar (Ucrania), entre los años 1768 y 1772, en la que la nobleza polaca se levantó en armas en defensa del catolicismo y la independencia política de su país frente a Rusia. Estos cuatro años de beligerancia fueron tan catastróficos para Polonia y las potencias vecinas que éstas últi-

mas lo esgrimieron como pretexto para realizar en 1772 un primer acuerdo de ocupación de las tierras polacas. Prusia anexionó a su imperio 36 000 km² del noroeste de Polonia, Rusia 92 000 del este y Austria 83 000 del sur. Polonia perdía, así, un tercio de sus territorios y de su población.

En el reducido Estado polaco se inició un periodo de relativo crecimiento económico y desarrollo cultural que durará hasta el año 1788, en el que, tras numerosas y nuevas agitaciones políticas, tiene lugar la constitución de la Dieta de los Cuatro Años (1788-1791), la cual dicta una serie de decretos en los que se rechaza el protectorado de Rusia. Aún en 1790, Prusia firma con Polonia una alianza por la que aquélla se comprometía a ayudar a los polacos en el desmantelamiento del protectorado ruso y la recuperación de los territorios ocupados. A cambio, Polonia tendría que ceder a Prusia otros espacios de la geografía polaca. Con el respaldo del pacto polacoprusiano, en 1791 se aprueba la histórica Constitución del 3 de mayo, en la que mediante el compromiso entre el Rey y los dirigentes del Partido Patriótico, mayoritario en la Dieta, se acordó, entre otras medidas, la abolición del *liberum veto* y del sistema de monarquía electiva, así como la restauración de la monarquía hereditaria, la delimitación del campo de influencias de la aristocracia, la extensión de derechos a la burguesía y el amparo por parte de las leyes y del gobierno de siervos y campesinos. La reacción de Catalina II, que no aceptó tales medidas y quiso recuperar el protectorado de Rusia sobre Polonia, no se hizo esperar. Y así, en 1792 el ejército ruso entra en Polonia. Ésta reclama a Prusia el cumplimiento de la alianza firmada, pero la respuesta no se produce y los polacos se ven obligados a capitular ante Rusia. En 1793, Rusia y Prusia firman en San Petersburgo un acuerdo para la realización de un segundo reparto de Polonia. La primera ocupaba otros 250 000 km² del este polaco, mientras que la segunda se anexionaba 57 000 km² del noroeste.

La indignación popular continuó produciendo revueltas y enfrentamientos aislados hasta que en marzo de 1794 el general Tadeusz Kościuszko^[6] se puso al frente de una insurrección patriótica. Los polacos lograron importantes victorias durante los meses siguientes, pero a finales de ese mismo año sufrieron una nueva derrota ante las tropas imperiales. Es entonces cuando, en octubre de 1795, Prusia, Austria y Rusia vuelven a plantearse la necesidad de acabar con el espíritu rebelde de los polacos y acuerdan la tercera y definitiva ocupación del ya reducido territorio de Polonia. El rey Poniatowski abdicaba el 25 de noviembre de 1795 y tres años más tarde, en San Petersburgo, moría con el trágico lastre de haber llevado a Polonia no sólo a la ruina económica, sino también a su desaparición del mapa político de Europa.

Mientras tanto, en París había estallado en 1789 la Revolución Francesa, Luis XIV había muerto ejecutado y Napoleón Bonaparte soñaba con la conquista de Europa. En Norteamérica, las tropas británicas combaten a los independentistas, pero la monarquía de Londres se ve obligada a firmar el Tratado de Versalles de 1783. Trece antiguas colonias inglesas se constituían en estados independientes y proclamaban la Constitución de los Estados Unidos en 1787, con George Washington como presidente, después de una guerra de ocho años en la que habían participado destacadamente los militares polacos Kazimierz Pulaski^[7] y Tadeusz Kościuszko.

«Polonia no está muerta todavía, pues nosotros vivimos^[8]»

Polonia había desaparecido del mapa político europeo, pero no el cada vez más fortalecido sentimiento patrio de los polacos. Las potencias invasoras, que buscaban la asimi-

lación de los territorios dominados, se encontraron con una situación muy adversa, pues las tres ocupaciones y repartos territoriales previos no habían hecho sino reforzar la conciencia nacionalista en el pueblo polaco.

La caída de Polonia coincide con la aparición de un mito: Napoleón. Los dirigentes polacos exiliados en Francia tras las ocupaciones pactan con el francés su participación en las campañas de 1797 en Italia a cambio de una ayuda política y militar en la recuperación de la independencia nacional. Para tal fin se organiza y combate al servicio de Napoleón la famosa Legión del general Jan Henryk Dąbrowski^[9], pero Polonia perderá toda esperanza de recuperación de su independencia nacional en un futuro inmediato cuando Francia firma la paz de 1800 con el resto de los países de Europa.

Una nueva esperanza se abre para los polacos tras la victoria napoleónica sobre Prusia y Rusia en 1807, la cual condujo a la creación del Ducado de Varsovia, vinculado directamente a la figura del Emperador francés y regido por su famoso Código^[10]. Breve iba a ser su existencia, pues el desastre militar de las tropas de Napoleón en la campaña rusa de 1812 también supuso la desaparición del Ducado de Varsovia un año después.

En 1815 el Congreso de Viena decidía devolver a Prusia parte de los territorios polacos perdidos y declarar a Cracovia ciudad libre, a la que se dio el nombre de República de Cracovia. También se unificaba el resto de los territorios del anterior Ducado de Varsovia bajo el llamado Reino de Polonia, dependiente del zar Alejandro I de Rusia.

Rusia, Austria y Prusia se comprometieron a respetar la autonomía social y cultural de la nación polaca, pero nada más lejos de la realidad. En 1819 el hermano del zar Nicolás I, el Gran Duque Constantino, que tenía el mando supremo del ejército polaco, recibió órdenes de acabar con las insurrecciones y revueltas ciudadanas. A la acción militar

acompañó la suspensión de las actividades sociales y culturales y el encarcelamiento de todos los sospechosos de sedición.

Tras varios años de dura represión, tuvo lugar el primer alzamiento organizado: la conjura de los cadetes de la Academia de Oficiales. La noche del 29 de noviembre de 1830, cadetes y ciudadanos de Varsovia conquistan unidos el arsenal y ocupan posiciones estratégicas en la ciudad. Los polacos confiaban en la ayuda de Francia e Inglaterra, pero ni la una ni la otra quisieron tomar parte en el conflicto y negaron toda colaboración a los polacos insurrectos, los cuales lucharon hasta la primavera de 1831, momento en el que tuvieron que rendirse para evitar una masacre en la población varsovia a manos de las tropas rusas.

Consecuencia de la Insurrección y su derrota fue una masiva emigración de polacos, entre los cuales se encontraban los más importantes intelectuales y escritores de la época. Es la llamada Gran Emigración^[11] dispersa por Europa y América, pero que buscó refugio, sobre todo, en Francia. Los intelectuales polacos llegan a crear en París un microcosmos de la vida cultural polaca. Asociaciones científicas y literarias como la Sociedad Histórica y Literaria Polaca, la Biblioteca Polaca y la Librería Polaca, ésta última con una intensa actividad editorial, se ocuparon de mantener vivo el espíritu independentista. Esta emigración dirigía, incluso, la actividad clandestina política en el interior de Polonia. Aunque desde el exilio pudieron reorganizar la lucha por la monarquía constitucional, también conocida como el grupo del Hotel Lambert por ser éste el nombre de la residencia privada de Adam Czartoryski^[12] (su principal dirigente) en París, y la facción demócrata, partidaria de la lucha revolucionaria contra las tiranías en Europa. Entre los «grandes emigrados» se encontraban los más importantes creadores polacos, como Fryderyk Chopin^[13], Adam Mickiewicz^[14], Juliusz Slowacki^[15], Zygmunt Krasiński^[16] y Cyprian

Kamil Norwid^[17], algunos de los cuales, desde el exilio, influyeron decisivamente en la creación de una imagen de Polonia de abatimiento y sacrificio que no tardó en dar lugar al fenómeno ideológico conocido como el mesianismo polaco. Esta doctrina predicaba la idea de que en la historia de Polonia se repite la misma biografía simbólica de Cristo: la víctima inocente, el martirio, la muerte, la redención y la resurrección. Cristo en la cruz es la analogía de una Polonia asesinada por los repartos y su martirio son los sucesivos levantamientos, frustrados y llenos de víctimas. A esto se debe la sacralización y el culto romántico polaco al sufrimiento y al martirio. El sacrificio no sólo garantizaba la redención, sino que también confirmaba el hecho de que la nación polaca es la elegida para redimir al resto de las naciones. Por ello escribe Adam Mickiewicz en la escena de la visión del padre Piotr de su drama *Los antepasados* que «Polonia es el Cristo de las naciones^[18]». El mesianismo se manifiesta también en la misión que se asigna al poeta en el mundo: es un caudillo de masas, un profeta, un dios cuya conducta no puede ser enjuiciada por el hombre, porque su obra es, en gran medida, una revelación divina^[19].

HENRYK SIENKIEWICZ Y SU ÉPOCA

Polonia: entre la rusificación y la germanización

En las últimas décadas del siglo XIX, la civilización europea crecía entre nuevos y constantes descubrimientos: Alfred Nobel descubre en 1866 la dinamita, Graham Bell, el teléfono en 1876, Thomas Edison, la bombilla eléctrica en 1879, aparece el primer automóvil en 1885, Wilhelm Conrad Roentgen descubre los rayos X en 1895, Joseph John Thomson descubre el electrón en 1896 y la polaca Maria Sklodowska-Curie y su esposo Pierre Curie descubren el radio y el polonio en 1898. Paralelamente al extraordinario desarrollo industrial, se organizan los movimientos obreros, primero en Inglaterra (los *Trade Unions*) y poco después en todos los países de Europa, que darán lugar a las dos primeras Internacionales. En ellas, Marx se alza con la confianza de la corriente socialista y Bakunin con la de la anarquista.

Pero mientras todo esto ocurría en el occidente europeo, los territorios ocupados y anexionados de Polonia, aún inexistente en el mapa político, sufrían los efectos de la acción despolonizadora en favor de la rusificación y la germanización. La región polaca de Galicja, anexionada a Austria, fue la que con menor virulencia sufrió la represión cultural. En Cracovia y L'viv existía una actividad intelectual y cultural polaca en universidades, teatros y editoriales. Las tradiciones y costumbres nacionales se conservaban y po-

dían ser cultivadas sin grandes restricciones, y la sociedad polaca —la poca que no era campesina— podía integrarse con facilidad en las estructuras funcionariales de la administración. Esto originó que gran parte de la intelectualidad polaca en este territorio fuera de ideología conservadora, contraria a los focos insurrectos y partidaria de la anexión. En 1870 el historiador y crítico literario Stanislaw Tarnowski (1837-1917), el político Ludwik Wodzicki (1834-1894), el historiador y dramaturgo Józef Szujski (1835-1883) y el director teatral Stanislaw Koźmian (1836-1922) publican en la *Revista de Polonia*^[20] una serie de fragmentos de *El cartapacio de Stańczyk*^[21], un panfleto en forma de una veintena de cartas anónimas en las que acusaban a los grupos demócratas, patrióticos y revolucionarios de mantener un constante y destructivo estado de conspiración, al tiempo que hacían un llamamiento a todos los polacos a la sensatez política y la obediencia a las autoridades austriacas.

Las partes polacas anexionadas a Prusia y Rusia no tuvieron la misma suerte. Las políticas de germanización y de rusificación supusieron la persecución de toda manifestación de identidad polaca: represión cultural, educativa, lingüística, cierre de teatros, clausura de imprentas y editoriales, una férrea censura en los escasos medios de publicación y un severo control político de la vida intelectual polaca. Se trataba de formar a toda costa una nueva generación «despolonizada», perfectamente asimilada a las culturas de los imperios, desarraigada de su cultura y de su lengua, algo que, como años más tarde la historia demostró, nunca pudieron lograr los imperios ruso y prusiano. Sirvan las palabras que Tadeusz Peiper escribía en España en 1919 para describir aquella situación en la Polonia subyugada por Rusia:

En la parte de Polonia que fue teatro de la lucha [se refiere a la Insurrección de 1863] surge una reacción sin